

el mercado; mas los soldados viejos apostados al intento, les defendieron la entrada; siguióse un ríco combate, cuyo resultado fué que los guerreros perdieran el sitio, huyendo con los tratantes á recogerse en las plazas y tiendas que rodeaban la plaza, desde donde peleaban valientemente. En medio de ella había un gran teocalli dedicado á Huitzilopochtli, con un muy alto chapitel labrado primorosamente de paja, llamado *tezacatl*; los vencedores le pusieron fuego, levantándose una gran llama que parecía llegar al cielo. "Al espectáculo de esta quema, todos los hombres y mujeres que se habían acogido á las tiendas que cercaban todo el tianguetz, comenzaron á llorar á voz en grito, que fué cosa de espanto oírlos, porque quemado aquel delubro satánico, luego entendieron que habían de ser del todo destruidos y robados. Pelearon gran parte del día en el tianguetz, porque los indios se habían hecho fuertes en las casas de las tiendas, y en las casas reales donde estaba gran copia de principales que peleaban valientemente. Finalmente, se hinchó todo el tianguetz de los indios amigos, é hicieron gran matanza en los mexicanos y tlamilulcanos, los cuales comenzaron á huir por las calles que van hacia el rincón donde estaban fortalecidos." (1)

Otro día (2) entraron los castellanos en el tianguetz por el patio del teocalli, llamado Acatliyacapa, poniendo á sacomano las tiendas; como lo vieron los soldados viejos acudieron á la defensa, trayendo por capitán al veterano Axoquentzin, de la categoría de los guerreros *cuachic*; su empuje fué poderoso é hicieron huir á los saqueadores, aunque con pérdida de Axoquentzin, quien de un flechazo en el pecho cayó sin bullir pié ni mano. Otros castellanos acudieron por el barrio de Zacoalco, (3) trayendo en su compañía á los guerreros tlaxcalteca, llamados *Nauhteculli*; los méxica pretendieron poner á éstos una celada, mas unos españoles que se habían subido á las azoteas de las tiendas gritaron: "Mirad tlaxcaltecas, que vuestros enemigos están aquí en celada," por lo cual, viéndose descubiertos se pusieron á huir. Trabóse entonces un reñido combate, y como no dividía á tenochca y á tlaxcalteca mas de una zanja, del

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIX.

(2) Martes treinta de Julio?

(3) Donde hoy está la iglesia de Santa Ana.

uno al otro lado se tiraban piedras, dardos y saetas, que era cosa espantosa. (1)

Ganados el teocalli y mercado de Tlatelolco, Cortés determinó que las capitánías de Alvarado se estableciesen en aquellos lugares, suspendiéndose las hostilidades por tres días, (2) á fin de entablar negociaciones de paz. En efecto, mandáronse emisarios á Cuauhtemoc, proponiéndole se entregase por bien, con ofrecimiento que su persona sería respetada y honrada, continuando en el mando de todas las provincias como ántes estaba; otras promesas se le hacían, acompañadas de algunas vituallas en son de regalo. El rey contestó, respondería dentro de tres días y entonces concertarían las paces entre él y el Malinche; el dicho no era de buena fé, sino una estratagema á fin de ganar tiempo para construir armas y levantar nuevas fortificaciones. Cuatro principales méxica trajeron el mensaje, los cuales fueron recibidos amigablemente, despidiéndoseles con nuevo regalo de víveres. Tornaron otros dos mensajeros de parte del rey, trayendo dos mantas finas, y asegurando que su señor vendría al tiempo determinado; mas á pesar de tantas promesas, la última resolución se redujo á decir, que en manera alguna se rendirían, pues mientras un solo hombre quedase, moriría peleando, y que nada tendrían los blancos de sus haciendas, porque cuanto tenían habían de quemar ó arrojar al agua en donde nunca pareciese. (3) Terminados los tres días, los tenochca atacaron simultáneamente los campos de Cortés, Alvarado y Sandoval, hiriendo algunos hombres por haberlos cogido descuidados; mas fueron desbaratados, retirándose á la parte en donde estaban recogidos. Otros cuatro ó cinco días se pasaron en nuevas tentativas de paz, sin hacer cosa de gran importancia. (4)

Todos los habitantes de la ciudad estaban entonces reducidos al barrio de Tenantitech ó Tetenamitl, es decir, en el cuadrante N. E. hacia donde ahora el actual Tepito; el recinto estaba defendido por fosos y trincheras, consistiendo la mayor fortaleza en las casas de madera construidas en la laguna, ya que los peones no podían

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIX.

(2) Del miércoles treinta y uno de Julio al viernes dos de Agosto? inclusivos.

(3) Cartas de Relac. pág. 289.

(4) Bernal diaz, cap. CLV.—Admitiendo únicamente cuatro días, serían los trascurridos del Sábado tres al martes seis de Agosto? ambos inclusivos.

llegar á ellas, ni tampoco podían acercarse los bergantines y las canoas por el poco fondo de las aguas. En aquel reducido espacio estaban hacinados guerreros, ancianos, mujeres y niños, expuestos á la intemperie durante una estacion de fuertes lluvias é intensos calores. Carecían de agua dulce para beber, sino era la poca que juntaban cuando la daba el cielo, la demas era salobre y aún hedionda. Nada tenían ya que comer, agotados los granos, lo que podían pescar en el agua, los ratones y sabandijas, las plantas, las hojas y cortezas de los árboles, las raíces mismas; la única esperanza era tomar prisioneros en la guerra para devorar las carnes. Aunque con la triste costumbre de comer la carne de ciertas partes de la víctima inmolada, consta evidentemente que no se devoraron entre sí, ni tocaron en lo más mínimo el cuerpo de los suyos; por el derecho de paternidad que consentía poder disponer de los hijos, por lo grave de la situacion, por no dejarlos indefensos á la esclavitud y á la muerte, no quedó un sólo niño, porque sus propios padres y madres los comieron. Ni tiempo había ni lugar en donde sepultar los muertos; los cadáveres quedaban amontonados en las calles, hacinados dentro de las casas, descomponiéndose é inficionando el aire: los heridos y enfermos perecían lejos del hogar doméstico, sin auxilios ni consuelo, y donde espiraba quedaba tendido. A la guerra y á la hambre vino á hacer compañía su hermana la peste; se moría por mano del enemigo, por falta de pábulo á la vida, por el contagio, y sin embargo, aquel pueblo indómito desdeñaba la paz y prefería perecer. (1)

Aquellos dias de aparente calma se pasaron en disponer un ingenio para destruir á los sitiados. Faltaba ya la pólvora, y un soldado apellidado Sotelo, que había estado en las guerras de Italia con el Gran Capitan, propuso al general hacer un trabuco con el cual desde lejos se derrocaran los edificios en que estaban recogidos los tenochca. Debía ser semejante á una catapulta ó una balista, máquinas de guerra destinadas á arrojar grandes piedras ú otros cuerpos graves en las plazas, produciendo efectos parecidos á los del bombardeo moderno. Aceptando el intento como útil, hablóse de ello como unos quince dias, poniendo á disposicion del ingeniero vigas, sogas y clavazon, al mismo tiempo que se acopiaban grandes

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIX.—Cartas de Relac. pág. 291. &c. &c. &c.

piedras de arrobas de peso. El trabuco fué armado sobre el *Mumuztli* del mercado, construccion de cal y canto en medio de la plaza, de dos y medio estados de altura y treinta pasos de esquina á esquina. Mientras la construccion duraba, impuestos los aliados de la mortífera condicion de la máquina, daban con ella cocos á los tenochca, prometiéndoles para dentro de poco una muerte segura. Llegado el dia de la prueba, puesto el proyectil, fué disparado el trabuco, más en vez de ir á caer á su destino, la piedra subió por los aires derribándose sobre el lugar que sustentaba la máquina. De ver que el intento no servía de nada quedaron los españoles despechados y descontentos; quedó mortificado el general y enojóse con el Sotelo; los aliados debieron reír del chasco, y quedar aliviados de pena los tenochca: D. Hernando mandó desbaratar la máquina, sin volverse á ocupar en el armadijo. “Y la falta y defecto del trabuco “disimulámosla, con que movidos de compasion, no los queríamos “acabar de matar.” (1)

Al siguiente dia (2) D. Hernando penetró con su hueste en la ciudad, encontrando por las calles mujeres, niños y gente miserable que pálidos y flacos salían á buscar de comer: compadecido el general mandó no se les hiciese daño. Los guerreros en tanto estaban sobre las azóteas, cubiertos de sus mantas y desarmados, como si ya desesperados sólo pretendiesen morir. Requirióseles por escribanos y testigos se diesen de paz, mas esto salió tan falso como lo primero. Cortés dió orden á Pedro de Alvarado para entrar por una parte en que había algunas casas enhiestas, mientras él con su hueste, á pié porque los caballos no podían aprovechar, penetraba por lado distinto: empeñóse un combate desesperado en que los tenochca se metían por las armas contrarias, buscando la muerte más que hacer daño; desmayados y sin fuerzas por el hambre, sostenían todavía en la mano las matadoras armas. Ganóseles aquel barrio, “y fué tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemigos, “que muertos y presos pasaron de dos mil ánimas, con los cuales “usaban de tanta crueldad nuestros amigos, que por ninguna vía á

(1) Cartas de Relac. pág. 290.—Bernal Díaz cap. CLV.—Sahagun, lib. XII, cap. XXXIX.—De la relacion de Cortés inferimos que la prueba del trabuco tuvo lugar próximamente el martes seis de Agosto? De aquí adelante la cronología del sitio vuelve á ser clara, pues estriba en el dia de la rendicion de la ciudad.

(2) Miércoles siete de Agosto.

“ninguno daban la vida, aunque más reprendidos y castigados de “nosotros eran.” (1)

Volvió Cortés al día siguiente (2) á la ciudad y los méxica le hicieron llamar con instancia; creyendo que era para tratar de la tan deseada y buscada paz se acercó á una albarrada en que le estaban esperando algunos nobles, quienes le dijeron: “Pues eres hijo del sol, que con tanta brevedad como es un día y una noche, da la vuelta al mundo, ¿por qué con la misma presteza no nos acabas de matar, y nos quitas de tantas penas; tenemos ya deseo de morir, para irnos al cielo con Huitzilopochtli, que nos espera para descansar.” Cortés respondió dejásen las armas y se entregasen, á lo cual se mostraron tan reacios como de costumbre. (3)

Ocho días ántes había cautivado Ixtlilxochitl á un señor muy principal, hermano de su madre, y aunque estaba muy herido, Cortés le propuso si quería ir á Cuauhtemoc para proponerle la paz; rehusó al principio, mas aceptando despues, fué entregado como embajador á los tenochca. Los de la ciudad le recibieron con acatamiento, (4) llevándole á la presencia del rey; mas apenas comenzó á proponer su encargo fué mandado callar, y entregado á los sacerdotes, le sacrificaron. Para contestar la embajada, los méxica salieron del recinto que ocupaban dando sus gritos de guerra y repitiendo no querían paz sino morir; cargaron muy réciamente tirando varas, flechas y piedras, logrando matar un caballo con un dalle hecho de una espada española; mas su valor indomable no estaba ya en relacion con sus fuerzas, y muchísimos perecieron aquel día. (5) El mismo Cortés nos informa que tanta piedad, dimanaba del temor de perder el botín.

Al día siguiente. (6) tornó Cortés á la ciudad sin ánimo de combatir, pues esperaba que aquellos porfiados enemigos se le entregasen de un momento á otro. “E por les inclinar á ello, yo me lle-
“gué cabalgando cabe una albarrada suya que tenían bien fuerte,
“y llamé á ciertos principales que estaban detras, á los cuales ya

(1) Cartas de Relac. pág. 290—91.—Herrera, dec. III, lib. II, cap. VI.—Torquemada, lib. IV, cap. C.

(2) Jueves ocho de Agosto.

(3) Cartas de Relac. pág. 291—92.—Herrera, dec. III, lib. II, cap. VI.

(4) Viernes nueve de Agosto.

(5) Cartas de Relac. pág. 292—93.—Ixtlilxochitl, pág. 46.

(6) Sábado diez de Agosto.

“conocía y díjeles: “Que pues se vían tan perdidos y conocían, que
“si yo quisiese, en una hora no quedaria ninguno de ellos, que por
“qué no venía á me hablar, Guatemucin su señor, que yo le prome-
“tía de no hacerle ningun mal: y queriendo él y ellos venir de paz,
“que serían de mí muy bien recibidos y tratados.” Y pasé con ellos
“otras razones, con que los provoqué á muchas lágrimas, y llorando
“me respondieron: “Que bien conocían su yerro y perdicion, y que
“ellos querían ir á hablar á su Señor, y me volverían presto con la
“respuesta y que no me fuese de allí.” E ellos se fueron é volvie-
“ron dende á un rato, y dijéronme: “Que porque ya era tarde su
“Señor no había venido; pero que otro día á medio día vendría en
“todo caso á me hablar en la plaza del mercado,” y así nos fuimos
“á nuestro real.” (1) A la sazón los tenochca estaban ya tan flacos,
que muchos aliados se atrevían á quedarse en la ciudad. Para la ofrecida conferencia mandó aderezar D. Hernando, en el *mumuztli* en donde estuvo el trabuco, un estrado decente á la usanza de los azteca.

Aquellas propuestas de acomodamiento no eran verdaderas; hacíanlas los méxica para ganar tiempo, empleando sus artes mágicas á ver si podían conjurar su daño. Cuauhtemoc habló con los principales y les dijo: “Hagamos experiencia á ver si podemos escapar del peligro en que estamos: venga uno de los más valientes que hay entre nosotros, y vístase las armas y divisas que eran de mi padre Ahuitzotzin.” Trajeron un valiente mancebo, llamado Tlapaltecatlopuchtzin, del barrio de Coatlan, á quien dijo el rey: “Veis aquí estas armas que se llaman Quetzaltecolotl que eran armas de mi padre Ahuitzotzin; vístelas y pelea con ellas y matarás algunos, vean estas armas nuestros enemigos podrá ser que se espanten en verlas.” Vistióse las armas y parecía cosa espantosa; diéronle cuatro capitanes que le precedieran, dos á cada parte, teniendo por cierto que al verle los enemigos se pondrían á huir: armáronle tambien con el arco y la saeta con casquillo de pedernal, perteneciente á Huitzilopochtli, los cuales guardaban por reliquias, teniendo fé en que cuando saliesen no podían ser vencidos. Un mexicatl principal, nombrado Cihuacoatlacotzin dió entónces voces diciendo: “¡Oh méxica! Oh Tlatilulca! El fundamento y fortaleza de

(1) Cartas de Relac. pág. 293.

los méxica es puesta en Huitzilopochtli, el cual arrojaba entre sus enemigos su saeta que se llama Xiuchcoatl y Mammahuaztli; la misma flecha llevais ahora, que es agüero de todos nosotros; mirad que la endereceis contra vuestros enemigos para que haga tiro y no se pierda en balde, y si por ventura con ella matárades ó cautivárades á alguno, tenemos certidumbre y pronóstico que no nos perderemos de esta vez, sino que quiere nuestro señor ayudarnos." El Quetzaltecolotl subióse á una azotea; los contrarios pararon á mirarle, y descubriendo que era hombre le comenzaron á combatir, poniéndole en huida. Tornó despues á pelear haciendo retraer á los indios; subióse á un lugar en que los tlaxcalteca tenían quetzalli y cosas robadas, tomolas y se precipitó á lo bajo sin hacerse daño; entre él y los cuatro capitanes tomaron tres cautivos indios, retirándose en seguida á sus ranchos. (1)

Al siguiente día (2) vino D. Hernando de su real al estrado que tenía dispuesto en el mercado, y de ahí mandó avisar á Cuauhtemoc que le esperaba. Presentáronse á poco cinco principales diciéndo de parte de su rey, le perdonase no viniese porque tenía temor de parecer ante Malinche y ademas estaba enfermo; que viese lo que mandaba que para esto venían ellos, dióseles de comer y beber, y cuando concluyeron Cortés les dijo, asegurasen á su señor no se le haría mal ninguno, ni se le detendría; pero que su presencia era del todo necesaria para entrar en concierto. Despidióseles entregándoles algunos víveres como regalo para su rey. "E dende á dos horas volvieron, y trajéronme unas mantas de algodón buenas, de las que ellos usan: y dijéronme, que en ninguna manera Guatemucin su señor vendría ni quería venir, y era excusado hablar en ello." Insistió Cortés en rogar viniese en persona el rey, á lo cual los embajadores contestaron vendrían al día siguiente con la respuesta. D. Hernando se retiró con su gente al real. (3)

Aquel día, hácia la media noche llovía muy menudo; de impro-

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVIII de la primera edicion. Corresponde al capítulo XXXIX de la segunda en donde se lee: "No les aprovechó nada de esto, porque de ahí á tres dias se rindieron. "Esta ultima indicacion nos autoriza para colocar el suceso en el diez de Agosto.—Torquemada, lib. IV, cap. C.

(2) Domingo once de Agosto.

(3) Cartas de Relac. pág. 294—95.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. CI.

viso vieron los méxica un torbellino de fuego color de sangre, que arrojaba centellas, chispas y brasas, y venía remolinando, respendando y estallando: saliendo hácia Tepeyacac, se acercó al sitio de Coyonacazco á que estaban reducidos, dió la vuelta al cerco y dirijiéndose hácia el centro del lago desapareció ahí. Los azorados tenochca no lanzaron gritos, como era de costumbre á la vista de estos fenómenos, por temor de sus enemigos; pero tuvieron por segura que aquel era presagio de su destruccion y acabamiento. (1) Debió de ser algun hecho natural, como el de un bólido, por ejemplo, del cual tomaron pié para forjar el prodigio.

Muy de mañana al día siguiente, (2) presentáronse en el real los cinco mensajeros méxica, diciendo que su señor se dirijía á la plaza del mercado, y rogaba no fuesen los aliados porque no quería estuviesen presentes al trato. Cortés dió orden á los amigos para que se dase en los suburbios, mientras él cabalgando, se dirigió con los suyos al lugar señalado; mas aunque esperó tres ó cuatro horas, el rey no pareció. Mirando el general aquella burla, desengañado de que no había tales paces, hizo llamar inmediatamente á los aliados, á la hueste entera de Alvarado, y mandó á Gonzalo de Sandoval se pusiese al frente de los bergantines á fin de acometer por la parte del agua, lo cual debería practicar cuando viera embestir por tierra: así los méxica quedaban completamente cercados. Dada la señal, castellanos y aliados se precipitaron sobre el reducido espacio que les faltaba por vencer; no encontraban donde poner el pié, pues el suelo estaba literalmente cubierto de cadáveres y despojos sangrientos y hediondos, que hacían insoportable el lugar. Los debilitados méxica carectan en lo absoluto de varas y piedras, no obstante lo cual recibieron á sus contrarios con el macuahuitl y la rodela, resistiendo con brío, aunque no con fuerzas. Acometidas las casas del agua por los bergantines, derrocadas y destruidas, hombres, mujeres y niños caían al lago, ahogándose ó lanzando gritos de apuro y agonía: en la tierra firme se hacinaban los recientes muertos sobre los antiguos, y los gritos de guerra, los alaridos de los vencedores, el lloro y la grito de las mujeres y de los niños, llenaban de angustia y de azoró el corazon. No era una batalla, sino un degüello.

(1) Sahagun, cap. XXXIX de la primera edicion; contando con pocos variantes en el cap. XL de la segunda edic.

(2) Lunes doce de Agosto.

Más de cuarenta mil ánimas fueron muertas ó tomadas prisioneras. (1)

“É ya nosotros teníamos más que hacer en estorbar á nuestros amigos, que no matasen, ni hiciesen tanta crueldad, que no en pelear con los indios: la cual crueldad nunca en generacion tan reciente se vió, ni tan fuera de toda órden de naturaleza, como en los naturales de estas partes: nuestros amigos hubieron aquel día muy gran despojo, el cual en ninguna manera les podíamos resistir, porque nosotros éramos obra de novecientos españoles, y ellos más de ciento y cincuenta mil hombres: y ningun recaudo ni diligencia bastaba para los estorbar que no robasen, aunque de nuestra parte se hacía todo lo posible. Y una de las cosas porque los días antes yo rehusaba de no venir en tanta rotura con los de la ciudad, era porque tomándolos por fuerza, habían de echar lo que tuviesen en el agua, y ya que no lo hiciesen, nuestros amigos habían de robar todo lo más que hallasen; y á esta causa temía que se habría para V. M. poca parte de la mucha riqueza que en esta ciudad había, y segun la que yo entónces para V. A. tenía; y porque ya era tarde y no podíamos sufrir el mal olor de los muertos, que había de muchos días por aquellas calles, que era la cosa del mundo más pestilencial, nos fuimos á nuestros reales.” (2)

Tomáronse las determinaciones necesarias para el asalto al siguiente día. Debían estar listas las tropas de los tres campamentos; traeríanse tres cañones grandes á fin de ver si por su medio con el fuego desde léjos, se lograba la rendicion de los sitiados; Sandoval con los bergantines ocuparía una laguneta que había entre las casas, en la cual estaban recojidas las canoas de la ciudad: sabíase que Cuauhtemoc, no pudiendo estar en tierra, vivía en una de aquellas canoas, por lo cual se encargaba suma vigilancia á fin de que no escapase por el lago. (3)

(1) Cartas de Relac. pág. 295—96.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VII.—Torquemada libro IV, cap. CI.

(2) Cartas de Relac. pág. 296.

(3) Este día, doce de Agosto, le cuenta Ixtlilxochitl, pág. 47, haciéndole concurrir con el día *macuilli tochtli* (cinco conejos) del octavo mes *Micuilhuitzintli*, fecha que corresponde al cómputo texcocano. En el méxica corresponde al mes Tlaxochimaco, día *ce cohuatl* (una culebra), teniendo por acompañado el símbolo *Atl*, agua. Le fijaron con tanta exactitud, sin duda para marcar la fecha en que los defensores de la ciudad fueron destruidos.

Siendo ya de día, martes trece de Agosto, apercibida la gente, puestos en batería los tres cañones gruesos, dispuso D. Hernando que las tropas de tierra apretaran de manera que los indios fueran empujados hácia la laguneta en que estaban las canoas, mientras Sandoval con los bergantines acometería los acalli, teniendo mucha cuenta con no dejar escapar á Cuauhtemoc: la señal de asalto sería disparar una escopeta. Para presenciar y dirigir las operaciones, el general subió á la azotea de una casa cercana al lugar en donde estaban las canoas enemigas; desde ahí vió á algunos de los principales de la ciudad á quienes conocía y les dijo: “Que cuál era la causa de que su señor no quisiese venir? Que le llamasen y viniese sin temor, pues estando ya en tanto extremo, no diese causa á perderse del todo.” Dos principales fueron á llamar al rey, tornando poco despues con el Cihuacoatl ó jefe principal de la guerra; aunque recibido por Cortés con mucho agasajo, terminó por decirle: “En ninguna manera vendrá mi señor ante ti, pues antes prefiere morir; me pesa mucho de esto; mas haz lo que tú quieras.” “Vuélvete á los tuyos, respondióle enojado el general, y tú y los tuyos aparejense á morir, porque os voy á combatir y á acabar de matar.” (1) El Cihuacoatl se fué.

En estas pláticas habían pasado unas cinco horas. En aquel tiempo, que debió ser de prolongada agonía, muchos hombres de los más débiles, mujeres y niños, se salían hácia el campo español, empujándose y oprimiéndose de manera que se estrujaban ó caían al agua ahogándose; otros procuraban salvarse á nado no logrando mas que anegarse, mientras otros procuraban esconderse entre los carrizales. D. Hernando dió sus órdenes á los aliados para que no matasen á aquellos infelices que se entregaban, y aun puso españoles por las calles para evitar el daño; mas con todo esto no pudo evitarse que fueran robadas y muertas más de quince mil personas. En tanto que los débiles huían, los nobles, los guerreros y los sacerdotes permanecían impassibles, ya en las calles y azoteas, ya en los acalli, sobre el reducido espacio que les quedaba, flacos y hambrientos aunque determinados, sobre los charcos de sangre de las pasadas luchas, sobre los montones de los insepultos y hediondos cadáveres, que sólo á la peste sucumbieron unos cincuenta mil.

(1) Cartas de Relac. pág. 298.